EN MEMORIA DE DOS INOLVIDABLES AMIGOS

Teniente Primero
Juan Carlos Lloza Pazos

Conocí a Jorge Texeira Indacochea en los primeros días de marzo de 1988, cuando, moviéndonos al paso ligero, aturdidos y temerosos, nos apresurábamos en incorporarnos a nuestra primera formación como aspirantes a cadetes navales, prestos a iniciar una nueva y crucial etapa de nuestras vidas.

Los cinco años que viví en la Escuela Naval me valieron, entre otras cosas, para tratar y conocer a muy buenos amigos, entre ellos a Coco Texeira, cuya amistad me aprecio mucho de haber tenido. Con frecuencia aparecen en mi mente recuerdos de la época inolvidables que vivimos con Coco, los amigos y compañeros de promoción, en la Escuela Naval y en los años posteriores a nuestra graduación, los cuales constituyen invalorables vivencias, que hoy lamento muchísimo no fueran suficientes.

Particularmente puedo decir que "el marciano", como lo llamábamos cariñosamente, fue un excelente amigo, que estuvo siempre dispuesto a dar la mano, a sacar la cara por sus amigos, con una vehemencia y convicción poco comunes, y que resultan ser muy difíciles de encontrar. Tengo la certeza, por lo que sé de él, por las tantas veces que conversamos y también discutimos, por su inquebrantable vocación, por sus claros y sólidos principios, que Jorge Texeira fue un oficial de Marina digno y provechoso para su institución y para su país.

Desde que recibí la dolorosa noticia de su repentina muerte, me embarga cierto sentimiento de incredulidad que aún se resiste a desaparecer.

Coco, en contraste al dolor que hoy se asocia a su memoria, fue un tipo alegre, que gustaba de la diversión, de las bromas, aun cuando era algo "picon", y fue sobre todo, alguien que supo, siempre, valorar a la familia y a la amistad, y disfrutar de los buenos momentos. Es así como lo recuerdo, fue así como lo vi la última vez. Festejaba su último cumpleaños y, antes de irme de su casa, nos reímos y "vacilamos" mutuamente como lo hacíamos cada vez que nos veíamos. Nos dimos un abrazo y nos despedimos.

Jorge Texeira hijo, tuvo la dicha de disfrutar, durante los escasos veintisiete años que vivió, de la felicidad que constantemente acompañó al maravilloso hogar que formaron sus padres. Tuvo además la fortuna de contar con una importante tradición naval, heredada de sus abuelos. Su padre, el contralmirante Jorge Texeira Rivarola, fue su guía, su mejor amigo, y a quien estuvo ligado gracias a una envidiable y ejemplar relación de padre e hijo.

Conocí al contralmirante Texeira cuando era subdirector de la Escuela Naval del Perú. Entre los muchos recuerdos que guardo de él, conservo especialmente la imagen de un grupo

de cadetes, quienes, reunidos frente al auditorio de la Escuela Naval, rodeaban a un jerárquicamente muy distante capitán de navío, de quien escuchaban sorprendidos, el relato de lo que verdaderamente ocurrió a bordo del B.A.P Eten en el verano de 1990, durante el frustrado crucero de instrucción hacia San Diego, California, en el cual habían participado. Para ese grupo de jóvenes, algo desorientados por lo que había sucedido casi frente a sus narices, sin siquiera sospecharlo, aquella fue una expresión magnánima de quien pese a la lejanía que le otorgaban el grado y el cargo, los reunió de manera informal y les expuso, con palabras claras y exactas, la magnitud del problema, exhortándonos a no desmoralizarse y a no dejarse confundir por lo negativo que aquella experiencia significaba. Estoy seguro que para todos los cadetes que lo escuchamos, sus palabras fueron alentadoras y oportunas, lo que nos reveló la extraordinaria condición humana del almirante, la cual muchos tendríamos la oportunidad de volver a observar, repetidas veces. Con los años, el almirante, Texeira me distinguiría con su amistad.

Jorge Texeira Rivarola fue un reconocido y brillante profesional, tal como le consta a quienes lo tuvieron a sus órdenes y a quienes servimos bajo las suyas. Como persona, más que generoso, a decir del sacerdote que ofició la misa por el primer mes de su fallecimiento, fue un hombre bueno como pocos, dueño de un nobilísimo espíritu que nunca lo abandonaría, a pesar de la tragedia que le tocó vivir.

Pienso, finalmente que Coco y su padre, siguen unidos con ese mismo sentimiento inquebrantable con el que siempre se les vio, ahora que navegan unidos en aguas infinitamente calmas. A través de los años, la vida nos regala y nos quita a ciertas personas, quienes sin estar unidos a nosotros por lazo sanguíneo alguno, logran despertar nuestro cariño y atraen para sí nuestros mejores sentimientos, como es el caso, para los que conocimos y compartimos una buena amistad con ellos, de Cocó papá y de Cocó hijo, de quienes puedo asegurar fueron de aquellos seres invalorables, con los que en fortuna, Dios, nos permite compartir el camino.

Jorge Texeira Rivarola y Jorge Texeira Indacochea se fueron temprano. Partieron casi juntos en su inexorable carrera hacia la eternidad; sin embargo, nosotros, sus amigos, los que vivimos con ellos buenos y añorables momentos, de aquellos de los que esta hecha la esencia de la vida humana, jamas podremos dejar de recordarlos.

